CAPITULO XIV.

A CAZA DE JÓVENES.—EL SEPULCRO LLAMADO HEMICYCLUM CUBIERTO.—UN ANGEL Y DOS DEMONIOS.—UN TESTIGO.

Eran poco mas de las ocho de la noche, cuando Salustio y Lisipo, cansados de bastardos placeres, abandonaron la casa de Frigia.

—He estado fastidiado—dijo el primero.—Las caricias de estas mugeres son como los halagos de la esperanza desvanecida, que solo dejan tristeza.

—Sus abrazos son como los que da la yedra al objeto en que se apoya, que acaban por secarle y derribarle.

—Con efecto, mi bolsillo ha quedado seco y derribado.

—Igual cosa le ha sucedido al mio.

—¿Y qué hemos sacado en cambio?

—Hastío y desencanto.

—Lo de todos los dias. Busca uno el placer, y encuentra el cansancio.

—Me voy convenciendo cada vez mas, de que el placer no se encuentra en el vicio, como no se encuentran las piedras preciosas en los lodazales. Nosotros buscamos el agua refrigerante en los inmundos charcos que se ocultan bajo vistosas flores, y solo bebemos negro lodo que nos repugna despues de tomarlo.

—Muy filósofo te vas volviendo, Lisipo.

—Lo malo es que, aunque conozco el mal, lo sigo por costumbre. La costumbre es una enfermedad crónica de difícil curacion.

—Tú puedes sanar todavia: para tí hay una medicina: Agripina; pero mi enfermedad es incurable. Yo no puedo interrumpir ni un solo dia mi vida de aventuras: yo necesito llevar

HEMICYCLUM DE MAMIA.

HEMICYCLUM CUBIERTO.

Dos sepulcros de la calle de las tumbas.
(Despues de las escavaciones)

mi corazon hastiado á donde le espere nuevo hastío, como busca los sitios mas tristes el hombre dominado por la tristeza. Mi corazon es un libro intitulado "Fastidio," en cada página del cual necesito escribir un pasage que lo revele, hasta llenar su última hoja.

—Eso es porque has vivido muy aprisa.

—Busco aventuras á todas horas, creyendo encontrar en cada nueva muger que veo, la dicha que no hallé en las otras, y el resultado es apuntar un desengaño mas en el álbum de mi corazon.

—¿Y á donde vamos ahora?

—Vamos hácia la calle de las Tumbas.

—¿A la *calle de las Tumbas?*

—Sí.

—¿Estás loco?

—No, sino muy cuerdo.

—¿Y qué vamos á hacer allí?

—He visto que al oscurecer suelen ir algunas lindas muchachas á llorar sobre los sepulcros de aquellas personas que fueron su apoyo, y he pensado que entre esas muchachas podria yo encontrar alguna que me inspirara algo de lo que no me inspiran mis numerosas amigas.

—Vamos donde gustes.

—Esas jóvenes agradecidas, generalmente son pobres, y no seria muy costoso mantenerlas y vestirlas.

—Pero yo creo que es demasiado tarde para encontrarlas.

—Al contrario. Los pobres son como los mochuelos, solamente salen de noche para que no se les note lo gastado y viejo de la túnica.

En esta conversacion llegaron los dos amigos á la calle de las Tumbas.

—No se descubre bulto ninguno—dijo Lisipo despues de observar en cuanto abarcaba la vista.

—Avancemos algunos pasos mas—exclamó Salustio.

El cuestor caminó algunas varas seguido del epicuro.

De repente se detuvo.

—¿Ves algo?—le preguntó Salustio en voz baja.

Lisipo, por toda respuesta, señaló con el dedo hácia una tumba, conocida por su forma con el nombre de *Hemicyclum cubierto*, [*Semicírculo cubierto.*]

Salustio fijó los ojos en ella.

Era un lindo monumento funerario, que ha salido despues de 18 siglos de sepultado, manifestando su belleza. Su forma era y es, la de un nicho mas largo que ancho, rodeado de bancos levantados sobre dos gradas, destinados á ofrecer un lugar de reposo á los que iban á visitar el cementerio.

La decoracion exterior era, como se ve actualmente, de una gran riqueza; los adornos de estuco, los detalles de arquitectura, se ven tratados con gusto y elegancia. Las pinturas del interior son de un estilo notable, y en el centro del frontis se destaca el lugar en que debia ponerse la inscripcion de la persona que allí descansaba.

—Es una muger, si no me engaño—dijo Salustio despues de haber observado.

—Sí, es una muger.

—Marchemos hácia ella.

—No; esperemos mas bien á que acabe.

Con efecto, una muger se hallaba junto al *Semicírculo cubierto*, en actitud triste y del mayor recojimiento.

Despues de haber permanecido algunos instantes mas, depositó algunas ofrendas sobre la tumba y abandonó el sepulcro.

Su marcha era hácia el centro de la ciudad.

Salustio y Lisipo le salieron al encuentro.

La muger se sorprendió.

Salustio clavó la vista en su faz, y descubrió en sus ojos algunas lágrimas.

El afligido sér era una jóven de quince años, de una belleza angelical, de fisonomía dulce y suave, de terso y blanco cútis, de grandes ojos azules llenos de expresion y de sentimiento, de boca nacarada y perfecta, de esbelto cuello, sosteniendo una cabeza poética, velada por las blondas hebras de un cabello abundante y fino.

Pero tanta belleza y perfeccion contrastaban notablemente con el sencillo traje que velaba las delicadas formas de su esbelto cuerpo.

Una lijera túnica negra, recojida por una cinta del mismo color, marcaba en líneas indecisas su flexible cintura; una redecilla de lana, recojia difícilmente los suaves rizos de su dorado y brillante pelo, y unos borceguíes de poco precio, pero pequeños como su precioso pié, formaban todo el vestido de aquella jóven.

Era un pulimentado diamante de inestimable precio, en una caja oscura y pobre.

Salustio sintió una emocion desconocida al contemplar la pureza y hermosura de la preciosa jóven.

Creyó ver en ella una de esas divinidades protectoras que al principio de su juventud, cuando aun su corazon no estaba gastado, habia visto aparecérsele en sueños entre doradas nubes.

Le pareció que aquella jóven era una blanca flor que acababa de salir del casto boton en que habia estado encerrada, y que no habia sentido aun el cierzo impuro de las pasiones.

Este pensamiento halagó su alma, y despertó en él una idea de lo perfecto.

—¿Habeis perdido algun pariente, hermosa jóven?—le preguntó con respeto y profundamente conmovido Salustio.

—¡He perdido á mi bienhechora!

Esta respuesta fué dicha con un acento tan dulce y tierno, con tal sentimiento y verdad, con tal candor y tristeza, que Salustio experimentó un afecto desconocido de piedad y de simpatía que jamas habia experimentado.

—¿Y con ella habeis perdido todo?

—Todo.

—¿No teneis padres?

—Los perdí hace algun tiempo. ¡Soy sola en el mundo!

Y los ojos de la hermosa se llenaron de lágrimas que corrieron por su celestial semblante.

Salustio, que se habia dirijido á aquel sitio á buscar un objeto que sirviese á sus impuras pasiones, se encontró con un sér que las mataba con su pureza.

—La virtud nunca está sola—dijo Salustio arrastrado por un afecto noble y desconocido.—Los dioses la acompañan y la protejen.

—Mi madre me enseñó á respetarlos, y en ellos confio.

—¿Quereis honrarme, admitiendo de mí lo que admitíais de vuestra bienhechora?

Las palabras de Salustio llevaban el sello de la verdad que se revelaba en su acento conmovido.

La jóven le miró admirada.

En el rostro de Salustio brillaba en aquel momento la ingenuidad.

Su ofrecimiento era sincero, sin doblez, sin dolo.

En sus grandes ojos y en su faz de una belleza varonil correcta, leyó la hermosa la piedad de un alma noble.

Pero la jóven estaba dotada de una delicadeza digna.

—Os agradezco vuestra generosa oferta, pero no puedo admitirla.

—¿Por qué?

—Primero, porque no sé de quien la recibo.

—De una persona á quien los dioses han honrado elijiéndole para que sea vuestro apoyo.

—Segundo, porque no seria justo que por favorecerme os priváseis de nada.

—Lo que es por esto, no debeis rehusarlo. Soy rico, excesivamente rico. ¡El oro!..... ¿Puede dársele mejor empleo que el de invertirlo en bien de la humanidad?.....

—Sin embargo.....

—¿Dónde vivís?

—Vivo en una casa que está vacía, y que el esclavo que la cuida me la cede mientras llega á ocuparse.

—¿Como se llama la casa?

—Casa de la Gran Fuente de Mosaico.

—¿En la calle de Mercurio?

—Sí señor.

—¿Y vuestro nombre cuál es?

—Nicea; soy romana, y perdí á mi madre en el mismo dia que llegué á Pompeya.

—¡Como! ¿sois por ventura la jóven que vió perecer en el *bidental* á su querida madre el dia de año nuevo?

—¿Sabeis.....

—Sí; sé vuestra desgracia. ¿Era romana vuestra madre?

—Sí, señor.

—¿Y vos nacísteis tambien en Roma?

—Tambien, y no salí de aquella ciudad sino para venir á Pompeya, donde he perdido cuanto amaba sobre la tierra... A una madre primero... despues á mi bienhechora!...

Y los bellos ojos de Nicea se llenaron de lágrimas, que descendieron por su celestial semblante.

Aquellas lágrimas eran el idioma elocuente y mudo que dejaba traslucir el dolor sincero y puro de un corazon nutrido en las virtudes.

Salustio se sintió profundamente conmovido al leer en ellos un sentimiento que creia no existia en los séres de la tierra; la gratitud... el amor!...

Era un descubrimiento de sensibilidad que acababa de hacer en aquel instante, y que le hizo sentir una dulce satisfaccion que le inundó de felicidad.

La virtud tiene la propiedad de interesar aun al que no la posee.

Un sér que atesora las altas cualidades de la mas pura moral, es respetado y visto con veneracion por los mismos que practican el vicio, como es respetado por el ignorante, el hombre de ciencia y de saber.

Salustio que, desde que oyó ensalzar la belleza de Nicea anheló encontrarla, con la pérfida mira de sacar ventajas de la pobreza en que se hallaba, se sintió, al verla, dominado de un afecto de consideracion y respeto hasta entonces desconocido en él.

En el semblante de Nicea veia trasparentarse un tinte de seductora sensibilidad, una dulzura celestial, una resignacion tan sublime en el dolor, que la hicieron aparecer á sus ojos como una divinidad purísima y sin mancha.

Salustio, subyugado por la pureza que rodeaba el rostro de la jóven, sintió hácia ella una inclinacion espiritual, pero deferente y santa, que jamas habia experimentado en su alma.

Dominado por ella, y conmovido por las lágrimas que bañaban el rostro de la jóven, la dijo con dulzura:

—No lloreis, hermosa Nicea; vuestros males hallarán pronto remedio: la virtud, como antes os dije, nunca está sola. ¿Decís que vivís en la casa de la Gran Fuente de Mosaico?

—Sí, señor.

—¿Me permitís, pues, hermosa Nicea, que vaya á visitaros á ella?

—Os he dicho que vivo en esa casa porque me la cede, mientras se ocupa, el esclavo que la cuida, y yo no puedo recibir en casa que no pago.

—Ved que no trato de ofenderos, sino de seros útil: ved en mis ofrecimientos los de un hermano, y nada mas. Si permitís que vaya á visitaros, yo veré antes al esclavo, le diré que soy pariente vuestro, que os he encontrado por una feliz casualidad, y que trato de que seais dichosa. ¿Me negaréis que tenga la satisfaccion que mas anhelo en la tierra? ¿La de ser, para vos, un verdadero hermano?

La jóven volvió á mirar á Salustio, cuya belleza varonil se aumentaba con la expresion sincera de su ofrecimiento; y, tiernamente conmovida, contestó:

—Haced lo que gusteis.

—¡Ah! gracias! Mañana estaré en vuestra casa para probaros que mis palabras son sinceras.

La jóven se alejó conmovida.

La belleza, la juventud, las palabras de Salustio, habian llevado á su alma un sentimiento de una dulzura indefinible.

Habia perdido en breve tiempo á su querida madre y á su excelente bienhechora.

Volvia á verse sola en el mundo, sin recursos, sin relaciones, y le pareció que los dioses le enviaban un hermano.

—Has estado sublime—dijo Lisipo á Salustio cuando se alejó Nicea, dejando escapar una carcajada.

—Como que mis labios no han pronunciado mas palabras que las dictadas por el corazon.

—¡Cómo!..... ¿No fingias?

—No: expresaba la verdad de lo que pasaba en el alma. ¡Oh! la pureza de esa jóven, su hermosura, la sinceridad de su sentimiento, me han hecho experimentar una grata pena, un dulce y noble interes por ella, que nunca me habia imaginado. ¡Qué poderoso encanto tiene la virtud!..... Aun resuena en mi oido el eco de aquella voz armoniosa dejando percibir en su sentidas palabras las tristes emociones de una alma exenta de falsía! ¡Qué diferencia entre los castísimos afectos de este purísimo ser, y los libres y bastardos de las impúdicas mujeres con quienes hace un instante nos hallábamos!

—¡Magnífico! Eso me hace creer que esa jóven va á fijar la rueda de tu inconstancía, y que vas á colocar tu amor á la distancia que su virtud y su castidad te marquen. ¡Excelente!

Y Lisipo soltó otra estrepitosa carcajada.

Salustio pareció despertar de un sueño al escucharla.

Aquella carcajada era una burla á los principios de despreocupacion, de incredulidad y de indiferentismo que hacia ostentacion de profesar.

Esto picó su amor propio, y trató de sobreponerse á los gratos afectos que le habian dominado un momento.

Pocos son los hombres que tienen la suficiente energía para sostener sus rectos principios contra las bromas de los amigos que blasonan de no respetar nada en el mundo.

Salustio se avergonzó de la que él creyó una debilidad, y exclamó, tratando de ahogar en su corazon las nobles sentimientos que le habian dominado:

—Si hiciera lo que dices tendrias razon para reirte; pero lo que me ha pasado no ha sido mas que un sueño, una fantasma, una tontería de esas que de vez en cuando asaltan la mente del hombre mas experimentado. Me conmovió su dolor, me interesó su belleza, y expresé lo que entonces sentia.

—¿Y ahora?

—Ahora pienso aprovechar lo que mi entusiasmo alcanzó. Ahí tienes una jóven, como antes te dije, que costará muy poco mantenerla y vestirla.

—Y cuya hermosura supera á la de Frigia y Sostrata.

—Es un cielo sin una nube; una perla sin mancha; un corazon en que no ha sonado todavía la palabra amor. A mí me toca ser la primer nube de ese cielo, la primer mancha de esa perla, el primer amor de ese corazon. Al fin y al cabo habia de ser la victoria de otro, con que vale mas que sea mia.

—Tienes razon.

—Confieso que mientras la tuve delante de mis ojos, no cruzó por mi mente ningun pensamiento impuro: me parecia que me encontraba en la presencia de una divinidad semejante en pureza á Vesta.

—Así lo comprendí.

—Ya veo que hay instantes en que soy todavía un niño. Y por cierto que siento que esos instantes pasen. ¡Era tan feliz mientras la contemplaba como á una deidad celeste!

—Mañana la deidad no será mas que una débil mujer, con las miserias mismas que las otras.

—De todas maneras estoy contento de mi encuentro, porque gozaré por un instante de la creencia de que soy el primer hombre á quien sus labios han dicho "te amo."

—Es la vez primera que te veo creer en la pureza de una mujer.

—¿No crees tú en la de Nicea?

—Su dulce fisonomia, su candor, su lenguaje sencillo, su modestia y sus púdicos modales me hacen formar de ella la opinion mas ventajosa.

—Yo participo de ella por haberla visto huir de Marcio, de quien sin duda se debió ver acosada en Roma.

—Va á ser una gran gloria para tí haber alcanzado antes que el primo de Eutima sus favores.

—Ese es mi afan y mi deseo; cuando haya logrado mis fines, daré parte á Marcio de mi feliz aventura, y preguntaré á Nicea el motivo que tuvo para huir de Marcio en la *fullonica*.

—Eso es.

—Pero alejémonos, que ya nada tenemos que hacer en este sitio.

—Sí, marchemos.

Lisipo y Salustio, celebrando aquel encuentro, y burlándose de la credulidad de la jóven, se alejaron.

Cuando iban á bastante distancia, un hombre se vió salir de detras del sepulcro en que habian detenido á la jóven.

Aquel hombre habia escuchado toda la conversacion sin perder una sola palabra.

Vestia un traje oscuro y burdo, pero limpio.

La edad que representaba era como de cuarenta años; su estatura era mediana, robustos sus músculos, y su fisonomía noble y simpática.

Al salir del sitio en que habia estado oculto, dirijió la vista hácia el rumbo que llevaban Salustio y Lisipo.

Sus ojos estaban fijos en ellos.

Así permaneció algunos instantes.

Luego, al verlos desaparecer entre las sombras, levantó los ojos al cielo, y brillando en su fisonomía la luz de la virtud, exclamó con acento solemne:

—¡Quieren perderla!..... Yo la salvaré!.....

CAPITULO XV.

NICEA.—CASA DE LA GRAN FUENTE DE MOSAICO.—UNA VISITA INESPERADA.
AFAN DE LAS MADRES POR CASAR A SUS HIJAS.—LO QUE HACIAN PARA QUE FUESEN ESBELTAS.
SALUSTIO AL LADO DE NICEA.—UNA LUCHA.

Salustio habia pasado por la vez primera en su vida una noche inquieta.

La bella imágen de Nicea habia estado presente á todas horas en su imaginacion.

Dominado por ella, comparaba el candor, las lágrimas de gratitud de aquel corazon vírgen; su blanda fisonomía, respirando dulzura y pureza, sus púdicas maneras y su recojimiento, con la desenvoltura, los modales libres, la mirada lúbrica y el gastado corazon de Frigia y sus amigas.

Salustio recorria la historia de su vida disoluta, y en todas sus páginas no leyó mas que escenas que le avergonzaban, conquistas sin mérito, amores mentidos, frias caricias y corazones metalizados.

Comprendia que todo ello no merecia ni la mas pequeña parte del oro que habia gastado en miserables aventuras, y que las caricias de cuantas mugeres habia querido, no valian lo que una dulce mirada de la cándida Nicea.

Pero esta consideracion, en vez de inclinar su corazon al deseo de premiar la virtud, solo sirvió para despertar en su alma el impuro deseo de alcanzar los halagos de aquella tierna jóven que no sospechaba de las siniestras miras que abrigaba.

Salustio llenó de oro un rico bolsillo, se vistió el mejor trage que tenia, y salió de su casa para marchar á la de Nicea.

¡Cuán distintos eran entre tanto los pensamientos que cruzaban por la mente de la hermosa jóven!